

Volodia saludó y marchóse. El asistente del comandante le acompañó y le hizo entrar en una cámara desmantelada y sucia, en donde estaban tirados diversos trastos y en uno de los lados una cama de hierro sin sábanas ni cobertores. Encima de ella, envuelto en un grueso capote dormía un hombre con camisa amarilla. Volodia le tomó por un soldado.

—Piotr Nikolaievitch!—dijo el asistente sacudiendo los hombros del que dormía.—El abanderado dormirá aquí... Este es nuestro *junker*,—añadió dirigiéndose á Volodia.

—Ah! no os enfadaréis, verdad?

Mas el *junker*, que era un hombre joven, alto y fuerte, de fisonomía alegre pero atontada, se levantó de la cama, echóse el capote sobre las espaldas y aun no bien despierto salió de la estancia.

—Está bien, yo dormiré en el-patio,—murmuró al salir.

XII

Al hallarse solo con sus ideas, el primer sentimiento de Volodia fué el miedo... ese estado confuso, oscuro, en el cual hallábase su alma. Quería dormir y olvidar todo lo que le rodeaba y principalmente olvidarse de sí mismo. Apagó la bujía, tendióse sobre la cama y cogiendo su capote cubrióse la cabeza para librarse del miedo á la oscuridad que aun guardaba de su infancia; mas de pronto acudióle este pensamiento: «Y si la bomba cae, derrumba todo esto y me mata?» Púsose á escuchar; encima de su cabeza oíanse los pasos del comandante de la batería.

«En el caso de que una bomba caiga, matará primero á los que están arriba, luego á mí; á lo menos no moriré solo». Esta idea le tranquilizó un poco y procuró dormirse. «Mas, si de golpe toman á Sebastopol, durante la noche? Si los franceses llegan hasta aquí, con qué me defenderé?» Levantóse y púsose á pasear aceleradamente por el aposento. El miedo de un peligro real había dominado en él el temor misterioso de la oscuridad. Fuera de la silla y la tetera

no había otro objeto fuerte en la sala. «Soy un cobarde, un gandul!» pensaba á cada momento y de nuevo un penoso sentimiento de disgusto y menosprecio de sí mismo le dominó. Volvióse á la cama y procuró no pensar. Entonces las impresiones del día volvían á su mente acompañadas de los cañonazos continuos que hacían retemblar los vidrios de la única ventana, recordándole de nuevo el peligro. Tan pronto presentábase á su mente la visión de los heridos y de la sangre, tan pronto la de las bombas cayendo sobre el aposento, como la de la joven enfermera dedicándole un recuerdo y llorando por él, ya era su madre que le conducía á un pueblo de la provincia, rogando ardientemente con lágrimas en los ojos ante una imagen milagrosa; de nuevo comprendió que le era imposible dormir, mas, de súbito la idea de Dios Todopoderoso, que puede hacerlo todo y atiende á todas las preces, acudió con vivacidad á su mente, hincóse de rodillas, santiguóse y juntó sus manos tal y como lo había aprendido en su infancia; este movimiento volvióle de pronto á los sentimientos piadosos largo tiempo olvidados.

«Si ha llegado la hora de que yo muera, si es el momento de dejar de existir, Señor, que sea lo más rápidamente posible, mas si el valor y la firmeza que no tengo son necesarios, dádmelos; libradme de la vergüenza y del deshonor, que yo no podría soportar, enseñadme qué es lo que tengo que hacer para cumplir Vuestra voluntad». Su alma infantil, tímida, sencilla, de golpe se engrandeció, esclarecióse, un nuevo horizonte se presentó á su mente, vasto y claro. En pocos momentos sintió y pensó mucho y al fin durmióse tranquilamente y sin cuidado del retumbar continuo de los cañonazos y el retemblar de los cristales.

Gran Dios! Tú solamente escuchas y conoces estas plegarias sencillas y fervientes, llenas de fe: las plegarias de la ignorancia, del vago arrepentimiento, de la curación del cuerpo, del estallido del alma, que suben hacia tí desde ese sitio terrible de la muerte. Desde el general que un segundo antes soñaba con la cruz de San Jorge y que con timidez siente ahora próxima la muerte, hasta el soldado que se duerme sobre el desnudo suelo de la batería de Nicolás y te pide que le envíes á la otra vida, inconscientemente presentida por él como la recompensa de todos sus sufrimientos!...

XIII

Kozeltkov mayor, habiendo encontrado en la calle á un soldado de su regimiento, se dirigió con él hacia el quinto bastión.

—Marchad más junto al muro, Vuestra Nobleza,—dijo el soldado.

—Por qué?

—Porque esto es peligroso, Vuestra Nobleza. Veis, ya la tenemos encima,—dijo el soldado escuchando el silbido de la bala al caer sobre la acera del otro lado de la calle.

Kozeltkov, sin seguir los consejos del soldado, siguió temerariamente por en medio de la calle.

Las calles estaban igual que antes, las mismas luces brillaban, aunque con más frecuencia, los mismos cañonazos, los mismos gemidos, los encuentros con los heridos, las baterías, parapetos y trincheras, todo estaba igual que cuando la primavera pasada estaba aun en Sebastopol. A pesar de esto y sin saber por qué, le parecía todo más triste al propio tiempo que más desolado. Había ahora más habitaciones desocupadas, pues las familias huían de la población, no se veía luz en las ventanas, salvo en casa de Kustchine, en donde estaba el hospital; no se encontraba una sola mujer y ese sello especial de las costumbres ciudadanas había desaparecido para dar lugar á una tensión ansiosa y á la fatiga espiritual.

Mas he aquí la última trinchera. Oyese la voz de un soldado del regimiento de P... que ha reconocido ya á su antiguo jefe de compañía.

Allí está el tercer batallón que, en medio de la oscuridad, ocupa su sitio junto á la muralla haciendo de tiempo en tiempo sus descargas, entre cuyo tronar óyense las conversaciones contenidas y el martilleo de los fusiles.

—Dónde está el comandante del regimiento?—preguntó Kozeltkov.

—En el blindaje, en el aposento de los marinos, Vuestra No-

bleza!—respondióle el ordenanza de servicio.—Si lo deseáis yo os guiaré.

Pasando de una trinchera á otra, el soldado condujo á Kozeltkov hacia el pequeño foso del blindaje. Allí estaba un marinero fumando su pipa y detrás de él veíase la puerta tras la cual brillaba una luz.

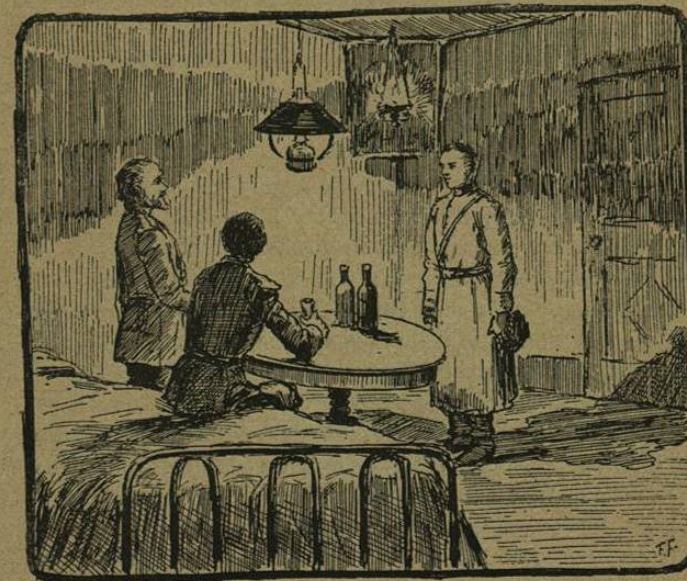
—Se puede entrar?

—Enseguida, voy á anunciaros,—y el marinero pasó la puerta.

—Si Prusia continúa guardando la neutralidad,—decía dentro una voz.—Entonces Austria también...

—Cómo, Austria también!—decía otra voz.—Cuando el país eslavo... Bien! hacédle entrar.

Kozeltkov no había estado nunca en este blindaje, que encontró muy confortable, el entarimado era de encina, un biombo ocul-



taba la puerta; había dos camas á lo largo del muro y en uno de sus ángulos una imagen de la Virgen encuadrada de oro y delante de la cual ardía una lámpara de color de rosa. En una de las camas dormía un marino vestido, en la otra y frente á una mesa,

encima de la cual se veían dos botellas de vino medio vacías, estaban sentados los interlocutores, el nuevo comandante del regimiento y su ayudante de campo.

Aunque Kozeltkov no era tímido, ni se sentía culpable de nada, se inmutó un poco á la vista del coronel quien, recientemente aun, era su camarada; éste se levantó y le escuchó con arrogancia.

«Eso sí que es extraño, pensó Kozeltkov mirando al coronel, hace tan sólo siete semanas que ha recibido el mando del regimiento y ya en todo lo que le rodea, en su vestir, en su actitud y en sus miradas se ve el orgullo del jefe de regimiento. Aun no hace mucho tiempo que este mismo Babristchev se divertía y jugaba con nosotros; llevaba semanas enteras la misma camisa de algodón y comía las tiernas chuletas asadas y las *vareniki* (1), y no invitaba á nadie en su casa: y ya lo veis... En sus ojos hay una expresión de fría arrogancia como si quisiera decirnos: Bien, sí, ya sé que he sido tu camarada y que soy un jefe de la nueva Escuela, pero tampoco ignoro, puedes creerlo, que tú darías la mitad de tu vida para ocupar mi plaza».

—Habéis estado en tratamiento bastante tiempo,—dijo friamente el coronel dirigiéndose á Kozeltkov.

—He estado muy enfermo, mi coronel; y aun mi herida no está del todo cicatrizada.

—Entonces, no debíais haber venido,—respondió el coronel echando una mirada inquisitorial sobre la corpulencia del capitán.

—De todos modos, podréis prestar vuestro servicio?

—Perfectamente.

—Pues, bien; estoy muy satisfecho; así, pues, el abanderado Zaikev os dará el mando de la novena compañía, que es la vuestra de antes. Recibiréis inmediatamente la orden.

—Obedezco.

—Cuando salgáis, hacedme el obsequio de decir al ayudante de campo que entre,—concluyó el jefe, haciéndole ver con un ligero saludo que la audiencia había terminado.

Al salir del blindaje, Kozeltkov murmuró varias veces una misma palabra, encogiéndose de hombros como si se sintiese mal ó muy despechado, no contra el coronel, pues no había por qué, sino contra sí mismo y contra cuánto le rodeaba.

(1) Especie de galletas con queso de forma triangular.

XIV

Kozeltkov antes de irse á la tienda de los oficiales quiso ir á ver dónde se encontraba su compañía y saludarla. Los parapetos contruídos con cestas, los perfiles de las trincheras, los cañones ante los cuales pasaba, los mismos cascos de las bombas con que tropezaba siguiendo su camino, todo eso iluminado sin cesar por las llamaradas de las bombas y de las descargas le era ya muy conocido; todo esto quedó bien grabado en su memoria, tres meses antes, cuando, sin salir un día, durante dos semanas estuvo en el bastión. Sus recuerdos estaban llenos de horrores, sin duda alguna, pero mezclados con algún encanto, el encanto del pasado, al reconocer con gran placer los objetos y sitios conocidos, como si las dos semanas pasadas allí le hubiesen sido muy agradables.

Encontró su compañía dispuesta á lo largo de las murallas defensivas del sexto bastión.

Kozeltkov entró dentro del amplio blindaje, descubierto por el lado de la entrada, donde le habían dicho que se encontraba la novena compañía. Literalmente uno no sabía dónde poner los pies en aquel sitio, de tal modo estaba lleno de soldados. En uno de los lados brillaba la luz de una vela que un soldado aguantaba alumbrando á otro que leía en un libro; ambos estaban acostados; cerca de ellos, en la semi-oscuridad del blindaje, veíanse varias cabezas algo levantadas escuchando ávidamente la lectura. El libro era un silabario. Al entrar en aquel sitio Kozeltkov oyó: «La ple... ga... ria des... pués del es... tu... dio. Yo os a... gra... dez... co, Cre... a... dor...»

—Despabila la vela un poco,—dijo una voz.—Este sí que es un buen libro.

—Dios... mío...—continuó el lector.

Cuando Kozeltkov pidió que llamaran al sargento mayor, el que leía callóse, los soldados removiéronse todos, tosieron y sonáronse las narices, como sucede siempre después de un silencio prolongado. El sargento mayor, abrochándose la chaqueta levantóse

de junto al grupo de los oyentes y procurando no pisar las piernas de los soldados tendidos en el suelo, avanzó hacia el capitán.

—Buenas noches, muchacho! Qué, aquí está toda nuestra compañía?

—Salud, os felicito por la llegada, Vuestra Nobleza!—respondió el sargento mirando con alegría y amigablemente á Kozeltkov —Está ya del todo curado Vuestra Nobleza? Muy bien! Gracias á Dios!... No estábamos muy contentos sin teneros á nuestro lado.

Al otro extremo del blindaje oyéronse algunas voces que decían: «El antiguo capitán de la compañía ha llegado, el que estaba herido, Kozeltkov, Mikhail Seminovitch...» Algunos se acercaron á él; el tambor también se acercó para saludarle.

—Buenas noches, Obantchuk!—dijo Kozeltkov.—Estás sano y salvo? Buenas noches, muchachos,—dijo enseguida alzando la voz.

Un «Salud, Vuestra Nobleza» resonó en todo el blindaje.

—Cómo os encontráis, muchachos?

—Mal, Vuestra Nobleza; los franceses ganan terreno y esto no anda bien. Nos atacan ya desde los últimos atrincheramientos, aunque no salen todavía de ellos.

—Puede que tenga yo más suerte y Dios hará que de ellos salgan, muchachos,—dijo Kozeltkov.—No será esta la primera vez que sucede... aun será nuestra la victoria.

—Contentos estaríamos, entonces...—exclamaron algunas voces.

—Rediez! Son verdaderamente atrevidos,—dijo uno.

—Excesivamente atrevidos,—contestó el tambor en voz baja, pero de modo que le oyeran y dirigiéndose á un soldado, como para justificar ante él las palabras del jefe de la compañía y convencerle de que en ellas no había jactancia ni eran inverosímiles.

Al dejar á los soldados, Kozeltkov fuese al aposento de los oficiales.

XV

En la gran sala del cuartel, había bastantes oficiales de marina, de artillería y de infantería. Los unos dormían, los otros con-

versaban sentados sobre un objeto cualquiera ó sobre la montura de un cañón de sitio, el resto formaba el grupo mayor y más ruidoso; estaban sentados en el suelo, encima de dos *burkas* (1), extendidas sobre el pavimento. Estaban bebiendo *porter* y jugando á los naipes.

—Oh! Kozeltkov! Kozeltkov! Has hecho bien en venir! Bravo!... Cómo va tu herida?—gritaronle de diversos lados. Evidentemente, veíase que le querían y que estaban contentos de volverle á ver.

Después de estrechar la mano á sus amigos, Kozeltkov juntóse con el grupo de jugadores, entre los cuales había el mayor número de sus conocidos. Un joven moreno, flaco, de nariz ancha y seca y largos bigotes que se continuaban hasta las mejillas, tallaba en la banca con sus dedos blanquísimos y secos, uno de ellos adornado con una sortija de oro. Jugaba de cualquier modo, sin precisión, evidentemente contrariado, aunque afectando indiferencia. Cerca de él, á su derecha, un Mayor ya canoso, apoyado sobre el codo y procurando aparecer sereno, jugaba á cincuenta kopeks, pagando siempre que perdía. A la izquierda, un oficial rojo, con semblante sudoroso, estaba sentado sobre la punta de los pies, esforzándose en sonreírse y en mostrarse placentero; cuando alguno barajaba las cartas, removía sin cesar su mano en el vacío bolsillo de su pantalón. Conocíase que había jugado mucho aquella noche y si ya no jugaba sería por falta de dinero, y esto es lo que tenía enojado á nuestro joven moreno. Hacia el grupo acercóse, con un grueso fajo de billetes de banco, un oficial ya calvo, de enorme nariz, boca grande, flaco y pálido, y púsolo todo á una carta, diciendo: «Va la banca, dinero contante»... y ganó!

Kozeltkov bebió un poco de aguardiente y sentóse cerca de los jugadores.

—Queréis apuntar, Mikhail Seminovitch?—le preguntó el que ejercía de banquero.—Creo que debéis traer muchos cuartos.

—Dónde diablos los habré ganado? No tengo nada, pues he gastado los últimos en el pueblo cercano.

—Ya, ya, nadie os creará. Alguno habréis recogido, seguramente, en Sunferopol.

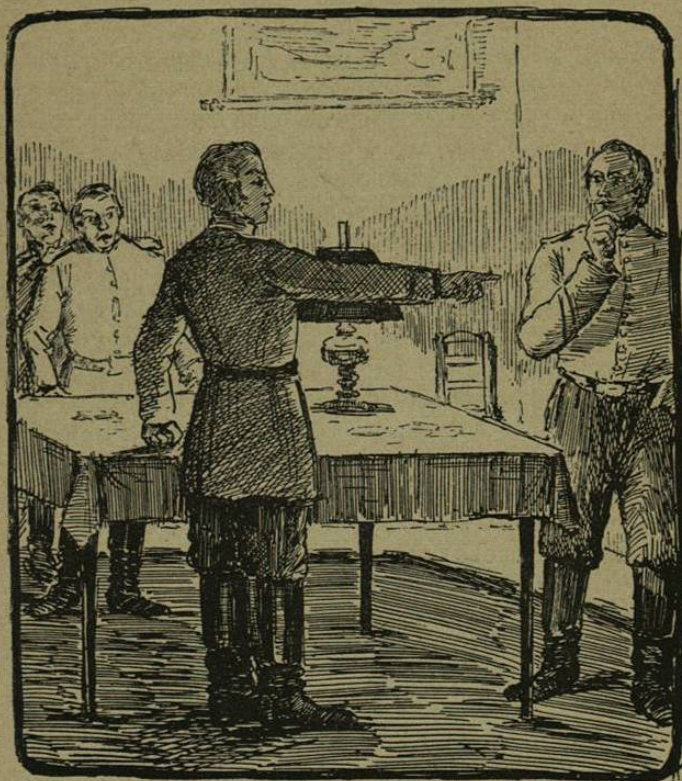
—Verdaderamente, tengo poco dinero,—dijo Kozeltkov, que sin embargo no deseaba que le creyesen del todo. Desabrochóse y cogió las sucias cartas.—Probemos, qué diablo! Quizás llegue á

(1) Especie de capa corta de piel de carnero con las vueltas forradas.

ganar alguna vez. Ya sabéis, á veces el resto hace maravillas. Solamente quiero beber un poco más, para tener valor...

En poco rato, y entre sorbo de aguardiente y sorbo de *porter*, perdió sus tres últimos rublos.

En la cuenta del pequeño oficial que se agitaba sudoroso, tenía inscritos ya el banquero ciento cincuenta rublos.



—No, no estoy hoy de vena,—dijo aquél tomando negligente-mente una carta.

—Tened la bondad de darme el dinero,—dijole el banquero esperando un momento á tallar y mirándole.

—Permitidme!... os lo entregaré mañana,—respondió el sudoroso oficial levantándose y agitando su mano dentro del vacío bolsillo.

—Hum!—gruñó el banquero mirando con recelo á derecha é izquierda y siguiendo barajando.—Yo me voy, no se puede continuar jugando así, Zakhar Ivanovitch,—añadió el banquero.—Aquí jugamos dinero contante y no á crédito.

—Dudáis de mí? Esto sí que fuera extraño!

—De quién he de recibir yo el dinero?—murmuró el Mayor, que ganaba ya ocho rublos y aún algo más.—Yo he perdido y he pagado ya más de veinte rublos, y ahora que gano no ha de pagarme nadie?

—De dónde tomaré el dinero para pagar, cuando no hay poco ni mucho encima de la mesa?—respondió el banquero.

—Yo no quiero saber nada,—gritó el Mayor levantándose.—Yo he jugado con vos y no con ellos.

El sudoroso y joven oficial encendióse aun más y exclamó:

—Ya digo que pagaré mañana. Cómo osáis, pues, ofenderme?

—Yo digo lo que veo, y lo que veo es que aquí no hay dinero!... helo ahí todo,—exclamó el Mayor.

—Veamos, veamos, Fedor Fedorovitch!—dijeron todos procurando calmar al Mayor.

Pero, bajemos á toda prisa el telón sobre esta escena. Mañana, quizás hoy mismo, todos estos hombres irán alegremente y con arrogancia al encuentro de la muerte y morirán con bravura y firmeza... La sola alegría del vivir, en estas condiciones, que atemorizan la imaginación más fría, que no tienen nada de humano, ni siquiera la esperanza de salir un día de ellas, la sola alegría es el olvido, el aniquilamiento de la conciencia y de la realidad. En el fondo del alma de cada uno yace la noble y generosa chispa que hará de cada uno un héroe, pero esta chispa se cansa á veces de brillar, y tan sólo al llegar el fatal momento resplandecerá como una llama inmensa y alumbrará las más grandes acciones.

XVI

El día siguiente, el bombardeo continuaba aun con más fuerza. Hacia las once de la mañana, Volodia Kozeltkov estaba sentado entre un grupo de oficiales de la batería y ya algo más ha-

bituado á ellos contemplábalos atento, observaba, interrogaba y conversaba con todos; la conversación amable, con alguna pretensión de ciencia, de los oficiales de artillería le inspiraba respeto y placer á la vez, y la figura tímida, inocente y alegre de Volodia disponía en favor suyo á los oficiales.

El más antiguo de la batería, un capitán no muy alto, rojizo, con una pequeña mecha de cabellos pegada á las sienes, elevado por las viejas tradiciones de la artillería á maestro de los demás y uno de los más sabios, interrogó á Volodia acerca de sus conocimientos en materia de artillería, sobre los inventos más modernos y aún chanceóse afectuosamente con su juventud y su alegre rostro; pero, en general, mostróse con él tierno y paternal; éste fué el más amable para Volodia. El sub-teniente Diadenco era un joven que hablaba con acento provinciano; con el capote muy usado, los cabellos rizados, era uno de esos que siempre hablan alto y con ademanes bruscos, buscando la discusión en todo momento y por cualquier futeza, por lo que á Volodia no le fué nada simpático, pues tras su exterior grosero comprendió que no podía haber un hombre dulce y bueno. Diadenco dirígase sin cesar á Volodia y le *probaba* que en Sebastopol ningún cañón estaba emplazado tal como las reglas prescriben. El teniente Tchernovitzki tenía las cejas muy arqueadas, vestía un traje muy aseado, aunque no nuevo, pero ingeniosamente repasado, y aunque era el más pulcro de todos y no cesaba de mostrar su cadena de oro sobre su chaleco de satén, no fué grato á Volodia. Interrogaba sin cesar á éste acerca de las ocupaciones del Emperador ó del Ministro de la Guerra y le contaba con un entusiasmo ficticio los actos heroicos realizados en Sebastopol, expresaba su pena por la falta de verdaderos patriotas y, en general, demostró bastantes conocimientos y tener sentimientos buenos y nobles; á pesar de todo, á Volodia le fué desagradable, y lo que le admiró sobre todo fué el notar que los demás oficiales apenas dirigiesen la palabra á Tchernovitzki. El *junker* Vlang, á quien hicieron levantar la víspera para acostarse Volodia, también estaba presente, si bien sin decir nada; sentado modestamente en un rincón, refase cuando alguien soltaba un chiste á propósito, intervenía en la conversación si se veía obligado á ello, bebía aguardiente y preparaba los cigarrillos para todos los oficiales. Eran tan modestos y pulidos los modales de Volodia, quien lo trataba como si fuese un oficial, fascinando además de tal modo con su cara agradable y simpática á Vlanga, como le llamaban los soldados afeminando su nombre, que éste no sabía apartar sus grandes ojos del rostro del novel oficial, adivinando y cumpliendo

todos sus deseos, manteniéndose durante toda la reunión en una especie de éxtasis amoroso que llegó á llamar la atención de los oficiales haciéndoles soltar la risa.

Antes de la comida, el capitán ayudante fué relevado y juntóse con ellos. El capitán ayudante Krant era un oficial rubio, alegre, vivo, con grandes bigotes y patillas rojas. Hablaba admirablemente el ruso, demasiado gramaticalmente y demasiado bien para un alemán. Su hoja de servicios y su vida privada eran como su lenguaje, prestaba el servicio admirablemente, era un buen camarada, el hombre más reservado en cuestiones de dinero, pero precisamente porque no tenía ningún defecto le faltaba algo para ser simplemente un hombre. Como todos los alemanes rusificados, por una contradicción extraña con el genio alemán, idealista, él era *práctico* en el más alto grado.

—He aquí nuestro héroe! Al fin ha llegado!—dijo el capitán mientras que Krant, sacudiendo sus manos y haciendo sonar las espuelas, entraba en la sala.

—Qué deseáis, Frederik Krestianitch, té ó aguardiente?

—Ya he dado orden de que me preparen el té,—respondió él.—Pero mientras tanto beberé un poco de aguardiente para consuelo del alma. Estoy satisfecho de entrar en relaciones con vos, os ruego que me queráis y que me dispenséis vuestra amistad,—dijo á Volodia, quien levantándose le saludó.—El capitán ayudante Krant... En el bastión, el polvorista me ha dicho que llegasteis ayer.

—Os doy las gracias más expresivas por vuestra cama, en la cual he dormido esta noche.

—Estuvisteis bien? Está un poco dura, pero no he tenido tiempo de hacerla arreglar durante todo el sitio.

—Y bien, habéis hecho con felicidad vuestro servicio?—le preguntó Diadenco.

—Sí, bastante bien; Squartzov ha estado muy atento é hizo ayer varias reparaciones...

Krant se levantó y púsose á pasear, veíase en él al hombre que se encuentra bajo la agradable influencia del que acaba de salir en bien de un peligro.

—Y bien, Dmitri Garrilovitch!—dijo sacudiendo al capitán por las rodillas.—Cómo estáis, querido? Cómo marcha vuestra promoción, adelanta?

—No, aun no hay nada de ello.

—Ni habrá nada tampoco, ya os lo he *demostrado*,—respondió Diadenco.

—Por qué, pues?

—Porque no habéis escrito la reseña *comme il faut*.

—Ah! Qué picaronazo!—dijo sonriendo maliciosamente Krant.

—Un verdadero testarudo, hijo de la pequeña Rusia. Y bien, al contrario de él, vos sí que seréis pronto ascendido á teniente.

—No, ya no lo seré... Vlang! Llenadme la pipa y traédmela,—dijo al *junker*, quien al momento se apresuró á buscarla.

Krant les animó á todos, les contó el bombardeamiento, interrogó á cada uno acerca de lo que había hecho durante su ausencia y conversó con todo el mundo.

XVII

—Y bien, qué? Estáis ya del todo instalado en este cuartel?—preguntó Krant á Volodia.—Perdonadme, vuestro nombre es el mismo de vuestro padre? En casa y en el cuerpo de artillería esta es la costumbre... Habéis comprado ya un caballo de silla?

—No,—dijo Volodia.—Y no sé cómo arreglarme; ya he dicho al comandante que no tengo caballo y tampoco dinero para ello, hasta que reciba lo que me toca del forraje y ruta. En espera de ello he pedido un caballo al comandante de la batería, pero temo que me lo rehuse.

—Apollón Sergueitch?—Y de sus labios salió un sonido que expresaba duda y miró al capitán, como diciendo: Yo no lo creo.

—Y qué, si lo rehusa! Ello no será un gran mal,—dijo el capitán.—No es decir que aquí no haya necesidad de caballos, pero mientras tanto uno puede probar... Yo se lo pediré hoy mismo.

—Cómo, no le conocéis bien!—dijo interviniendo Diadenco.—Os rehusará á vosotros cualquier cosa; pero al señor, jamás; queréis apostar algo?

—Oh! os conozco ya bastante, lo contradecís todo.

—Yo contradigo porque lo sé. El comandante es avaro para ciertas cosas, pero ya veréis como dará el caballo, pues no tiene interés ninguno en rehusarlo.

—Cómo que no tiene interés, cuando la avena cuesta aquí á

ocho rublos,—exclamó Krant.—Ya veis, pues, que hay interés en que no haya un caballo más.

—Pedidle que os dé á *Sansonet*, Vladimir Seminovitch,—dijo Vlang, llegando con la pipa de Krant.—Es un caballo soberbio.

—*Duquel* ó *Soroki*... Os habéis caído en algún foso, eh, Vlang?—exclamó el capitán ayudante.

—Pero, qué decís? Que la avena cuesta á ocho rublos?—continuó discutiendo Diadenco,—cuando, según la lista de éste, está á diez y medio? Sin duda que no es ninguna ventaja...

—Veis cómo no le queda á él nada? Si fueseis el comandante de la batería, creo que no daríais de ninguna manera un caballo sólo para pasear por la ciudad.

—Cuando yo sea comandante de batería, mi viejo amigo, cada día los caballos tendrán cuatro *garnetz* (1) de ración; yo no me enriqueceré como otros, creedlo.

—Esto lo veremos—respondió el capitán ayudante.—Vos haréis igual que todos, como también éste lo hará cuando mande una batería,—añadió designando á Volodia.

—Por qué, pues, pensáis, Frederik Krestianitch, que también éste querrá explotar?—dijo interviniendo Tchernovitzki.—Puede que tenga fortuna propia y entonces, qué necesidad tiene de esas rapiñas?

—Mas yo... Perdonadme, capitán,—dijo Volodia ruborizándose hasta las orejas.—Yo encuentro que no es noble ni conveniente...

—Oh! oh! lo que es muy difícil...—respondió Krant.

—Sí, es igual. Yo creo solamente que de ninguna manera he de tomar un dinero que no me pertenece.

—Y yo, ved ahí lo que os diré, joven,—dijo el capitán ayudante con tono serio.—Sabed que cuando mandéis la batería, si conducís bien lo principal, todo irá perfectamente. El comandante de la batería no se mezcla para nada en la alimentación del soldado, esto es ya costumbre antigua en la artillería. Si sois un mal administrador no os quedará nada, y habréis de gastar aun de vuestro bolsillo, y sino, ahora lo veremos: Por el forraje, por la farmacia, por la cancillería, por los caballos del arrastre... á lo menos quinientos rublos, querido. Debéis cambiar alguna vez las esclavinas de los soldados, tenéis que gastar bastante en carbón, tenéis, además, la mesa de los oficiales. Si fuerais comandante de batería tendríais que vivir convenientemente, necesitaríais un coche, un capote forrado de pieles... Más diría...

(1) Cada *garnetz* es igual á 3'277 litros.

—Y principalmente,—dijo interviniendo el capitán, que había permanecido callado todo este rato.—Ved lo que hay, Vladimir Seminovitch, imaginaos un hombre como yo, por ejemplo, que sirve durante veinte años y recibe desde luego doscientos rublos de sueldo, y más tarde trescientos, bien debe tener á lo menos un pedazo de pan para su vejez...

—Y además,—repuso el capitán ayudante;—no os privaréis de jugar, y luego vivid siempre aquí, y servid...

Volodia quedó descontento de haber hablado sin reflexionar, murmuró cualquier cosa y callado escuchó á Diadenko, que con todo su fuego empezó á discutir y á *probar* la proposición contraria.

La discusión fué interrumpida por la llegada del asistente del coronel, llamándoles á comer.

—Decidle á Apollón Sergueitch que nos dé vino hoy,—dijo Tchernovitzki abrochándose y dirigiéndose al capitán.—Por qué es tan avaro? También morirá y nadie se aprovechará de lo suyo.

—Oh! no, decídselo vos mismo.

—No, no, vos sois el más antiguo, él en todo es ordenancista.

XVIII

La mesa, apartada un poco del muro, estaba cubierta con un mantel bastante sucio y en la misma sala en donde el día anterior Volodia se había presentado al coronel; en esta ocasión, el comandante de la batería le tendió la mano y le interrogó acerca de San Petersburgo y sobre su viaje.

—Y bien, señores, quién quiere aguardiente? Acercaos. Los abanderados no pueden beber...—exclamó sonriendo.

En general, el comandante de la batería parecía en aquellos momentos menos severo que el día anterior, pues tenía hoy todo el aire de un amable anfitrión y de un viejo camarada de sus oficiales; pero á pesar de esto todos los oficiales, desde el viejo capitán Krant, al abanderado Diadenko, á la sazón muy bien puesto, todos miraban con timidez al comandante y por el cuidado que po-

nían al acercarse uno tras otro á la mesa para beber el aguardiente le daban testimonio de su gran respeto.

La comida se componía de una copiosa sopa de coles en la cual nadaban algunos pedacitos de grasa de buey, una enorme cantidad de pimienta y de hojas de laurel; luego asado á la polonesa con mostaza y berengenas con manteca no muy fresca. No había servilletas y los platos eran de estaño unos y de boj otros. No había más que dos vasos y encima de la mesa destacábase una botella de agua, de cuello muy alto. La comida fué alegre y la conversación no languideció un momento. Desde luego hablóse de la batalla de Inkerman, en la que había tomado parte la batería; cada uno contaba sus impresiones y las consideraciones que le merecía el fracaso, y siempre que el comandante tomaba la palabra producíase instantáneamente el silencio. Luego la conversación pasó naturalmente á tratar de la insuficiencia de calibre de los cañones perfeccionados, y en esto Volodia se expresó muy bien al mostrar sus conocimientos sobre artillería. Mas en la conversación no se tocó ni de lejos ni de cerca la terrible y actual situación de Sebastopol, parecía como si cada uno de ellos tuviera miedo de iniciarla. Lo mismo sucedió con respecto á los deberes del servicio de Volodia. Con extrañeza y á su pesar nadie tocó esta cuestión, como si él hubiese ido solamente á Sebastopol para hablar de los cañones perfeccionados y comer en la mesa del comandante de la batería. Durante la comida cayó una bomba no muy lejos del aposento donde estaban. Los techos y las paredes fueron sacudidos como por un terremoto y la ventana se cubrió toda con el humo de la pólvora.

—Creo que no habréis visto nada de esto en San Petersburgo? Aquí tenemos á cada momento estas sorpresas,—dijo el comandante de la batería dirigiéndose á Volodia.

—Vlang, ved dónde ha estallado.

Vlang salió y al volver dijo que había estallado en tierra, y ya no se habló más de ello.

Antes de terminarse la comida, un pequeño anciano, el escribiente de la batería, entró en la sala con tres sobres sellados que entregó al comandante. «Este es muy urgente, lo ha traído un cosaco de parte del general de artillería». Todos los oficiales con impaciente atención miraban al comandante que, con experta mano rompió el sobre y sacó de dentro un papel *muy urgente*. Qué podrá ser? preguntóse cada uno. La retirada de Sebastopol, el descanso ó la orden para toda la batería de marchar al bastión?